

pero para matar á un hombre, tienes demasiadas ideas sentimentales y filosóficas en la cabeza.

—¿Quién sabe?—dijo Leoni volviendo á levantarse.

—¿Y no puedes jugar en Palermo?—dijo el vizconde.

—¡Maldito sea el juego! Si pudiera apasionarme por algo, por la caza, por un caballo, por alguna calabresa morena, iría el verano que viene á encerrarme en el Abruzo y pasar algunos meses sin acordarme de vosotros.

—Vuelve á enamorarte de Julieta—dijo el vizconde con ironía.

—No volveré á enamorarme de Julieta—respondió Leoni montado en cólera;—pero te daré un bofetón si vuelves á pronunciar ese nombre.

—Es menester hacerle beber té—dijo el vizconde;—está borracho como una cuba.

—Vamos, Leoni—añadió el marqués apretándole el brazo;—esta noche nos tratas infamemente: ¿qué tienes? ¿No somos ya tus amigos? ¿Dudas de nosotros? Habla.

—No, no dudo de vosotros—dijo Leoni;—antes bien os hago completa justicia; sé lo que valéis todos, y juzgo el bien y el mal sin prevención alguna.

—¡Ah! sería cosa de ver...—dijo el vizconde entre dientes.

—¡Ea, venga ponche, venga!—exclamaron todos los demás;

—no es posible que haya buen humor entre nosotros si no acabamos de emborrachar á Chalm y á Leoni. Ya han llegado á los ataques de nervios, y será posible que caigan en un completo letargo.

—¡Sí, amigos míos, sí!—exclamó Leoni—¡el ponche, la amistad! ¡la vida, la dulce vida! ¡Mueran las cartas! Ellas son las que me ponen adusto. ¡Viva el delirio! ¡Vivan las mujeres! ¡Vivan la pereza, el tabaco, la música, el dinero! ¡Vivan las hermosas niñas y las condesas viejas! ¡Viva el diablo, viva el amor! ¡Viva todo lo que hace vivir! Todo es bueno para el que está bastante bien constituido para aprovecharse y disfrutar de todo.

En esto se pusieron todos en pie, entonando un coro báquico, y yo huí despavorida, subí la escalera con la precipitación de una persona que cree que la persiguen, y caí sin sentido en mitad de mi cuarto.

XII



El día siguiente por la mañana me encontré tendida sobre la alfombra, tibia y helada como por la muerte; aquel mismo día se declaró en mí una calentura cerebral, durante la cual me pareció ver muchas veces á Leoni junto á mi cabecera; pero no pude conseguir de él más que una idea muy confusa. Al cabo de tres días estuve fuera de peligro, y entonces venía Leoni con frecuencia á informarse del estado de mi salud y á pasar una parte de la mañana conmigo. Todas las tardes salía del palacio á las seis y no volvía hasta el día siguiente por la madrugada; esto lo supe después.

De todo cuanto yo había oído, sólo comprendía claramente una cosa que era la causa de mi desesperación, y es que Leoni ya no me amaba. Hasta entonces nunca había yo querido creerlo, aunque toda su conducta debía probármelo; resolví pues no contribuir por más tiempo á su ruina, ni abusar más de un resto de compasión y generosidad que le prescribía aún ciertas atenciones hacia mí. Hicele llamar apenas me sentí con fuerzas para soportar

aquella entrevista, y le declaré lo que le había oído decir de mí en medio de la orgía; sobre todo lo demás, no quise hablarle palabra, porque á decir verdad no penetraba yo muy bien aquel tejido de infamias que me habían hecho traslucir sus amigos, ni tampoco quería comprenderlo. En todo consentía, en mi abandono, en mi desesperación, en mi muerte.

Dijele pues claramente que estaba decidida á ponerme en camino dentro de ocho días, y que ya nada quería aceptar de él. Me había quedado con la aguja de mi padre, y su venta me produciría más de lo necesario para volver á Bruselas.

La resolución con que le hablé, sostenida sin duda por la fuerza de la calentura, hizo en Leoni una impresión extraordinaria; quedó en silencio por un buen rato, y se paseó muy agitado por el cuarto; luego exhaló del pecho profundos sollozos, y cayó como ahogado por ellos sobre una silla. Aterrada del estado en que le veía, dejé como á pesar mío la butaca en que me hallaba, y me acerqué á él con sobresalto y cariño; entonces me cogió en sus brazos y apretándome en ellos con frenesí;

—¡No, no, tú no me abandonarás!—exclamó—jamás lo consentiré: si tu orgullo muy justo y muy legítimo no se deja aplacar, me tenderé á tus pies en el dintel de esa puerta y me mataré si pasas por encima de mi cuerpo. No, tú no te irás, porque te amo con delirio; tú eres la única mujer en el mundo á quien he podido respetar y admirar aun después de haberla poseído seis meses. Todo lo que he dicho es una necedad, una infamia y una mentira; tú no sabes, Julieta, ¡oh! ¡tú no puedes conocer todas mis desgracias! ¡Tú no sabes á qué me condena una sociedad de hombres perdidos, á qué me arrastra un alma de bronce, de fuego, de oro y de fango que he recibido del cielo y del infierno reunidos! Si ya no quieres amarme, ya no quiero vivir. ¡Qué no he hecho, qué no he sacrificado, qué no he envilecido para reducirme á esa execrable vida á que me han condenado! ¿Qué horrible dominio se ha encerrado en mi cerebro para que yo halle aún á veces en ella algún atractivo y para que rompa, por seguirla, los vínculos más sagrados? ¡Ah! ¡ya es tiempo de acabar de una vez este suplicio! Desde que estoy en el mundo, no he tenido más que una época verdaderamente feliz, verdaderamente pura, la época en que te poseí y te adoré; aquella

dulce vida borró todas mis iniquidades... ¡Ah! yo hubiera debido quedarme bajo la nieve en nuestro valle de la Suiza, donde hubiera muerto en paz contigo, con Dios y conmigo mismo, al paso que ahora estoy ya perdido á tus ojos y á los míos. ¡Julieta, Julieta! ¡piedad, perdón! conozco que mi alma se hará pedazos si me abandonas. Aún soy joven y quiero vivir, y quiero ser dichoso y jamás lo seré sino contigo. ¿Quieres castigarme con la muerte por una blasfemia, hija de la embriaguez? ¿Y la has creído? ¿Y has podido creerla? ¡Oh! ¡Cuán to sufro! ¡Cuán to he sufrido en estos últimos quince días! Tengo secretos que me queman las entrañas... ¡si pudiera decírtelos! Pero tú nunca podrías oírlos hasta el fin....

—Los sé—le dije,—y si me amaras, todo lo demás me sería indiferente.

—¡Los sabes!—exclamó mirándome con ojos desentajados.—¡Los sabes! ¿Qué sabes?

—Sé que estás arruinado, que este palacio no es tuyo, que has devorado en cuatro meses una suma inmensa; sé que estás acostumbrado á esta vida aventurera y á estos desórdenes. Ignoro cómo destruyes y restableces tan pronto tu caudal, pero creo que el juego es tu perdición y tu recurso; creo que te rodea una sociedad funesta, y que luchas contra horribles consejos; creo en fin que estás en el borde de un abismo, pero que aún puedes evitarle.

—¡Pues bien! sí, todo eso es verdad—exclamó;—¡todo lo sabes! Y en efecto, ¿me lo perdonarías?

—Si no hubiera perdido tu amor—le dije—creería no haber perdido nada dejando este palacio, este fausto y esta sociedad que aborrezco. Por muy pobres que fuéramos, siempre podríamos vivir como vivimos en nuestra quesera, ya sea allí, ya en otra parte, si estás cansado de la Suiza. Si me amaras todavía no estarías perdido, porque no pensarías ni en el juego, ni en la intemperancia, ni en ninguna de las pasiones que has celebrado con tus amigos en un brindis infernal; ¡si me amaras, pagaríamos con lo que te queda todo lo que puedes deber, é iríamos á sepultarnos y á amarnos en algún retiro, donde pronto olvidaría yo lo que acabo de saber, donde no te lo recordaría jamás, y donde ese recuerdo no me haría sufrir! Si me amaras...

—¡Oh! te amo, te amo—exclamó;—¡partamos! ¡Salvémosnos, sálvame! Sé mi bienhechora, mi ángel tutelar, como lo has sido siempre. ¡Ven, perdóname!!



Arrojóse á mis pies, y todo lo que puede dictar la más ferviente pasión, todo me lo dijo con tanto fuego que lo creí... y que siempre lo creeré. Leoni me engañaba, me envilecía y me amaba al mismo tiempo.

—Escucha—me dijo, luego que estuvimos reconciliados,—

mañana cierro la casa á todos mis comensales y me pongo en camino para Milán, donde tengo que cobrar una cantidad no despreciable que me deben; durante este tiempo cúdate bien; restablece tu salud; pon en orden todas las cuentas de nuestros acreedores, y haz los preparativos de nuestro viaje. Dentro de ocho días, de quince á todo lo más, volveré á pagar nuestras deudas y á buscarte para ir á vivir contigo donde tú quieras y para siempre.

Todo lo creí, en todo consentí; púsose en camino, y cerramos en efecto nuestra puerta á todo el mundo. No esperé á verme enteramente restablecida para ocuparme en ponerlo todo en orden y en revisar las cuentas de nuestros acreedores. Yo contaba con que Leoni me escribiría apenas llegase á Milán, como me lo había prometido; pero pasaron más de ocho días sin que me diese noticias tuyas; al fin me anunció que estaba seguro de cobrar mucho más dinero del que debíamos, pero que tenía precisión de estar ausente veinte días en lugar de quince. Me resigné; pasados los veinte días, una nueva carta me notició que le era absolutamente imposible volver antes del fin del mes. Caí entonces en el más hondo abatimiento; sola en aquel inmenso palacio, donde para evitar las insolentes visitas de los compañeros de Leoni, tenía que esconderme, que bajar las cortinas de mi ventana, y que sostener una especie de sitio, devorada de inquietud, débil y enferma, entregada á las más negras reflexiones y á todos los remordimientos que aviva el aguijón del infortunio, muchas veces estuve á punto de poner fin á mi miserable existencia. Pero aún no había agotado la copa de mis amargas.

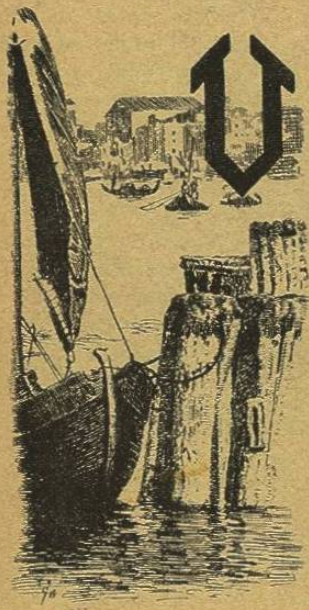
—Bien veo, señora—me dijo con tono de interés hipócrita—que está usted informada de la cruel situación en que se encuentra el barón. Está usted segura de que mis cortas facultades están á sus órdenes, pero desgraciadamente son muy poca cosa para saciar la prodigalidad de un carácter tan rumbo. Lo que me consuela es que es atrevido, emprendedor,



ingenioso; muchas veces ha restablecido su caudal, y estoy seguro de que le volverá á restablecer: pero usted, señora, tendrá que sufrir algunas privaciones; ¡usted tan joven, tan delicada y tan digna de mejor suerte! Sólo por usted me afligen tan de veras las calaveradas que ha hecho Leoni, y todas las que tendrá aún que hacer antes de encontrar nuevos recursos. La miseria es una cosa horrible á esa edad, señora, y cuando siempre se ha vivido en la opulencia...

Interrumpíle bruscamente porque creí entrever que pensaba

XIII



supuesto, en aquella excusa, y ya iba á decirselo, cuando empezó á hablar con una impavidez tan impudente, que á menos de llamar á mis criados, imposible me hubiera sido plantarle en la calle como merecía. El hombre estaba decidido á no escucharme.

MAñana en que creía yo estar sola en el salón, teniendo sobre mis rodillas un libro abierto sin pensar en mirarle, oí ruido junto á mí, y saliendo de mi letargo, ví el odioso semblante del vizconde de Chalm; lancé un grito, y ya iba á mandarle que se retirara, cuando empezó á pedirme mil perdones con aire juntamente respetuoso y burlón, al que no supe qué responder. Dijome que había forzado mi puerta, autorizado por una carta de Leoni que le había dado encargo especial de venir á informarse de mi salud, y á darle noticias de ella: no creí, por

en hacerse un mérito para conmigo de su injuriosa compasión; aún no comprendía yo toda la bajeza de aquel personaje.

Adivinando mi desconfianza, se apresuró á rebatirla; dióme á entender con todo el refinamiento de su lenguaje frío y sutil, que se creía demasiado viejo y muy poco rico para ofrecerme su apoyo; pero que un joven lord opulento y galán, que me había sido presentado por él, y me había hecho algunas visitas, le había confiado la decorosa comisión de tentarme con magníficas promesas. Ni aun fuerzas tuve para responder á aquella afrenta; tan débil estaba y tan abatida, que me eché á llorar sin decir una sola palabra. Creyó el infame Chalm que yo vacilaba en mi resolución, y para decidirme del todo, me declaró que Leoni no volvería á Venecia, que suspiraba cautivo de amor á los pies de la princesa Zagarolo, y que le había dado en fin plenos poderes para tratar conmigo de aquel negocio.

La indignación me dió por fin la presencia de ánimo que necesitaba para llenar á aquel miserable de desprecio y de confusión; pero no tardó en recuperar toda su serenidad.

—Bien veo, señora—me dijo—que han abusado cruelmente de su juventud y de su candor de usted; la han seducido cruelmente, y no me siento con ánimo de dar á usted odio por odio, porque usted me desconoce y me acusa, y yo la conozco y la estimo. Tendré para oír esas acusaciones y esas injurias todo el estoicismo de que debe saber armarse el verdadero cariño, y le diré á usted en qué abismo ha caído, y de qué profunda abyección quiero sacarla.

Pronunció estas palabras con tanta energía y serenidad que casi subyugó con ellas mi crédulo carácter; creí por un momento que, agriada por el infortunio, tal vez había sido cruelmente injusta con aquel hombre sincero. Fascinada por la impudente impavidez de su semblante, olvidé las viles palabras que le había oído pronunciar, y le dejé que se explicara; él por su parte conoció que le era preciso aprovecharse de aquel momento de incertidumbre y de flaqueza, y se apresuró á darme acerca de Leoni informes llenos, por desgracia, de una odiosa verdad.

—Es cosa que me admira—dijo—cómo su sencillo y crédulo corazón de usted ha podido amar por mucho tiempo á un

hombre de semejante carácter. Verdad es que la naturaleza le ha dotado de irresistibles seducciones, y que tiene una habilidad extraordinaria para ocultar sus infamias, y cubrirse con la máscara de la honradez. Todas las ciudades de Europa le conocen por un admirable calavera, y sólo algunas personas en Italia saben que es capaz de cometer todas las iniquidades del mundo por satisfacer sus innumerables caprichos. Hoy le verá usted tomar por modelo á Lovelace (1), mañana al Pastor Fido (2); como es algo poeta, es capaz de recibir todas las impresiones, de comprender y remedar todas las virtudes, de tomar todos los caracteres; cree sentir todo lo que imita, y á veces se identifica de tal modo con el personaje que quiere representar, que siente sus pasiones, y aun tal vez pone en práctica sus virtudes. Pero como el fondo de su alma es vil y corrompido, como no hay en él más que afectación y capricho, de pronto se despierta el vicio en su sangre, y el fastidio que le causa su hipocresía le impele á cometer acciones de todo punto contrarias á las que parecían antes serle naturales. Los que no le han visto más que bajo una de sus facies engañosas, se admiran y le creen loco; los que saben que su carácter se reduce á no tener ninguno verdadero, sonríen y esperan con cachaza alguna nueva invención.

Aunque aquel retrato me indignaba hasta el punto de abrazarme de despecho, parecíame no obstante ver brillar en él algunos toques de una verdad innegable. Miré á Chalm con una expresión insensata; él se dió el parabién de su elocuencia persuasiva, y prosiguió:

—Ese carácter le admira á usted, pero si usted tuviera más experiencia, amiga mía, sabría que es muy común en la sociedad. Para poseerle en cierto grado, es necesario cierta superioridad de inteligencia, y si muchos necios se abstienen de ostentarlo, es porque son incapaces de sostenerle. Siempre verá usted á un hombre mediocre y vano circunscribirse obstinadamente á una manera de ser, que querrá hacer pasar por una especialidad y que le consolará de los triunfos ajenos. Confesará sí que es menos brillante, pero se declarará más

(1) Héroe de la conocida novela de Richardson, titulada: «Clarissa Harlowe»,—(N. del T.)

(2) Héroe del poema de este título de Guerini.—(Id.)

sólido y más útil. La tierra no está poblada más que de necios insufribles ó de locos perjudiciales; todo bien considerado, prefiero estos últimos, porque tengo bastante prudencia para no ser su víctima y bastante tolerancia para divertirme con ellos; más vale reír con un malicioso bufón, que bostezar con un hombre honrado y fastidioso. Por eso me ha visto usted en estrecha intimidad con un hombre á quien ni quiero ni estimo. Además, me atraía aquí la afable bondad de usted, su angelical dulzura; usted me inspiraba, señora, una amistad paternal. El joven lord Edwards, que muchas veces la vió á usted pasar noches enteras inmóvil y pensativa en su balcón, me tomó por confidente de la violenta pasión que usted logró inspirarle, le presenté aquí deseando franca y ardientemente que no permaneciese usted por más tiempo en la dolorosa y humillante posición en que la dejaba la traición de Leoni: sabía que lord Edwards tiene un alma digna de la de usted, y que podía ofrecerle una existencia decorosa y feliz... Y hoy vengo, señora, á reiterar mis esfuerzos y á revelar á usted su amor, que usted no ha querido comprender...

Yo entre tanto mordía mi pañuelo de cólera; pero devorada por una idea fija, me puse en pie y le dije con vehemencia:

—Usted sostiene que Leoni le autoriza á hacerme esas infames proposiciones... ¡pruébemelo usted! ¡Sí, sí, pruébemelo usted!

Y esto diciendo, le sacudía el brazo con toda mi fuerza.

—Pardiez, hija mía—me respondió el miserable con su odiosa impasibilidad—bien fácil es probarlo, y no sé cómo usted misma no lo conoce. Leoni ya no la ama á usted; tiene otra querida.

—¡Pruébemelo usted!—repetí exasperada.

—Á eso voy, á eso voy—me dijo.—Leoni necesita dinero, y hay mujeres de cierta edad cuya protección puede ser muy lucrativa.

—Pruébeme usted todo lo que dice—exclamé—ó hago al instante que le arrojen de aquí mis criados.

—Bien—respondió sin turbarse—pero hagamos un convenio. Si he mentido, saldré de esta casa para no volver jamás á poner los pies en ella; si he dicho verdad asegurando que Leoni me autoriza á hablar á usted de lord Edwards, me permitirá usted que vuelva esta noche con este último.

Esto diciendo, sacó de su bolsillo una carta, en cuyo sobre reconoció la letra de Leoni.

—Sí—exclamé arrastrada por un irresistible deseo de conocer mi suerte;—sí, ¡lo prometo!

Desdobló el vizconde lentamente la carta, me la presentó, y leí lo siguiente:

«Querido vizconde: aunque muchas veces me das tales arrebatos de cólera, que de buena gana te patearía, creo en verdad que eres mi amigo, y que tus ofertas de servirme son sinceras. Sin embargo, no me aprovecharé de ellas; mis negocios han tomado un giro estupendo; lo único que me tiene en cuidado es Julieta. Dices bien; en el primer momento va á hacer abortar todos mis planes; pero ¿qué he de hacer? Todavía la conservo el más necio y el más invencible afecto; su desesperación me quita todas mis fuerzas, y no puedo verla llorar, sin echarme al punto á sus pies... ¿Crees que se dejaría corromper? No, tú no la conoces; jamás se dejará vencer por la codicia. ¿Pero crees que el despecho?... Sí, eso es más verosímil... ¿Cuál es la mujer que no hace por despecho lo que no haría tal vez por amor? Julieta es altiva; de esta verdad me he convencido á no dudarla en estos últimos tiempos. Si la hablas mal de mí, si la das á entender que soy infiel, puede que acaso... Pero ¡oh! ¡no puedo pensar en ello sin que se me parta el alma! Prueba, y si sucumbe, la despreciaré y la olvidaré. Si resiste, entonces ¿qué sé yo? allá veremos. Cualquiera que sea el resultado de tus esfuerzos, ó tendré que temer un gran desastre, ó que soportar una cruel amargura del corazón.»

—Ahora—dijo el vizconde luego que hube acabado—voy á buscar á lord Edwards.

Cubríme el rostro con ambas manos, y quedé por largo tiempo inmóvil y muda; luego de repente me guardé en el pecho aquella execrable carta, y tiré con violencia de la campanilla.

—Que me prepare mi doncella para de aquí á cinco minutos una maleta, y que Beppo traiga la góndola.

—¿Qué quiere usted hacer, hija mía?—me dijo el vizconde asombrado.—¿Á dónde quiere usted ir?

—¡Á casa de lord Edwards probablemente!—le dije con una amarga ironía, cuyo sentido no penetró.—Vaya usted á pre-

venirle—repuse;—dígame usted que ha ganado su salario, y que voy volando á sus brazos.

Empezó entonces á conocer que le escarnecía con furor, y fuí á ponerme un traje de camino, y bajé seguida de mi doncella que me traía la maleta. En el momento de entrar en la góndola, sentí una mano agitada que me asía por la capa, me volví y reconocí á Chalm confuso y aterrado.

—¿Á dónde va usted?—me dijo con voz trémula.

Y entonces por fin gocé el triunfo de haber confundido su impavidez de hombre perverso.

—Voy á Milán—le dije—y le hago á usted perder los doscientos ó trescientos zequíes que le había prometido lord Edwards.

—¡Un momento!—dijo furioso el vizconde;—devuélvame usted la carta ó no se irá.

—¡Beppo!—exclamé con la exasperación de la cólera y del miedo, lanzándome hacia el gondolero—¡echa de aquí á ese rufián que me rompe el brazo!

Todos los criados de Leoni me querían ciegamente por la dulzura con que yo los trataba. Beppo, silencioso y resuelto, me cogió por la cintura y me levantó en sus brazos de la escalera; dió al mismo tiempo un puntapié en el último escalón, y la góndola se apartó en el momento mismo en que me dejaba en ella con una destreza y una fuerza extraordinarias. Chalm, arrastrado por el impulso de mi cuerpo á que estaba asido, se vió muy á punto de caer en el canal; mas pronto desapareció lanzándome una mirada que era el juramento de un eterno rencor y de una venganza implacable.

XIV



—Voy á Milán después de haber viajado día y noche, sin tomarme un solo instante para descansar y reflexionar sobre mi situación: me apeo en la posada donde Leoni me había dicho que vivía, pregunto por él, y todos me miran con asombro.

—No vive aquí, señora—me respondió un criado;—aquí se apeó al llegar, y alquiló un cuartito donde dejó sus efectos, pero nunca viene más que por las mañanas para recoger sus cartas y afeitarse. Luego se va y no vuelve á parecer hasta el día siguiente.

—¿Pero dónde vive?—pregunté. Ví que el criado me miraba con curiosidad, con incertidumbre, y que, ya fuera por respeto, ya por compasión, no podía decidirse á responderme. Tuve la discreción de no insistir, y le hice que me condujera al cuarto que había alquilado Leoni.—Si sabe usted dónde podrá hallársele ahora—le dije—hágame usted el favor de ir á buscarle y decirle que acaba de llegar su hermana.

Al cabo de una hora llegó Leoni con los brazos abiertos, para estrecharme en ellos.

—Espera—le dije retrocediendo—si me has engañado hasta ahora, no añadas un nuevo crimen á todos los que has cometido ya conmigo. Mira, toma ese billete; ¿es tuyo? Si han falsificado tu letra, dímelo pronto porque espero y estoy en brasas.

Echó Leoni los ojos sobre la carta, y quedó pálido como la muerte.

—Dios mío—exclamé—yo esperaba que me habrían engañado, y venía á tu casa segura de hallarte inocente de esta trama infernal. Yo me decía: Me ha hecho mucho mal, ya me ha engañado... pero á pesar de todo, me ama. Si es cierto que le incomoda y le soy perjudicial, hubiera debido decírmelo aún no hace un mes, cuando me sentía con fuerzas para dejarle, al paso que entonces se arrojó á mis pies pidiéndome que me quedara. Si es un intrigante y un ambicioso, no debería detenerme, porque nada poseo, y mi amor en nada le es ventajoso. ¿Con qué derecho podría tacharme ahora de importuna? Una palabra le bastaría para echarme de su lado; sabe que soy altiva, y no debe temer ni mis súplicas ni mis reconvenciones. ¿Por qué había de querer envilecerme?...

No pude proseguir y derramé un torrente de lágrimas.

—¿Por qué había de querer envilecerte?—exclamó Leoni fuera de sí.—Por evitar un remordimiento más á mi conciencia despedazada. ¡Tú no comprendes esto, Julieta! Bien se conoce que nunca has sido criminal!...

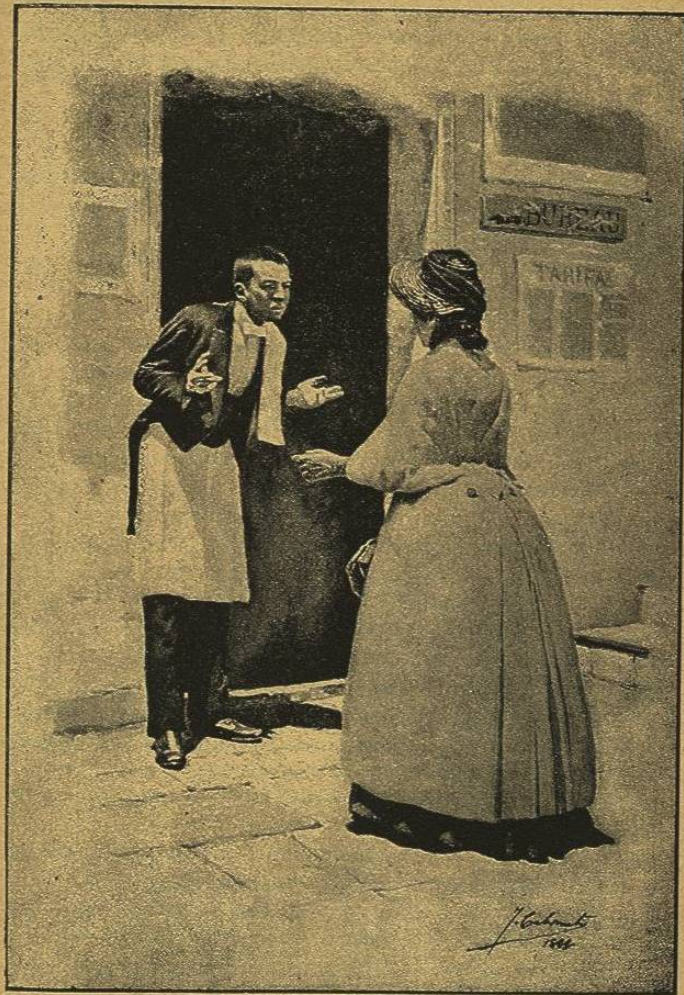
Detúvose al llegar á este punto, caí en un sillón y ambos quedamos aterrados.

—Pobre ángel!—exclamó en fin—merecías tú ser la compañera y la víctima de un perverso como yo? Qué habías hecho tú á Dios antes de nacer, pobre niña, para que te arrojara en los brazos de un réprobo como yo, que te hace morir de vergüenza y de desesperación? ¡Pobre, pobre Julieta!

Y él también se echó á llorar amargamente.

—¡Basta!—le dije—sólo he venido á oír tu justificación ó mi sentencia. Eres culpable, te perdono y parto.

—¡Oh! ¡no hables de eso jamás!—exclamó con vehemencia; —borra para siempre esa palabra de nuestras conversaciones.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando quieras dejarme, escápate sin que yo lo sepa ni pueda impedirlo; pero mientras me quede una sola gota de sangre en las venas no lo consentiré. Eres mi mujer, me perteneces, te amo... puedo hacerte morir de dolor, pero no puedo dejarte partir.

—Aceptaré el dolor y la muerte — le dije — si me dices que me amas aún.

—Sí, te amo, te amo—exclamó con sus habituales arrebatos de ternura,—no amo más que á ti, y jamás podré amar á otra.

—¡Desgraciado! Mientes—le dije;—tú obsequias á la princesa Zagarolo.

—Sí, pero la aborrezco.

—¡Cómo!—exclamé llena de asombro.—¿Y por qué la galanteas? ¿Qué vergonzosos secretos se ocultan en todos estos enigmas? Chalm ha querido darme á entender que una vil ambición te encadenaba á esa mujer... que era vieja... que te pagaba... ¡Ah! ¡qué palabras me haces pronunciar!

—No creas esas calumnias—respondió Leoni;—la princesa es joven, hermosa, y estoy enamorado de ella...

—Me alegro de que me lo confieses—dije lanzando un profundo suspiro;— más quiero verte infiel que envilecido. Ámala, ámala mucho porque es rica ¡y tú eres pobre! Si la amas mucho, la riqueza y la pobreza no serán entre vosotros más que vanas palabras. Así te amaba yo, y aunque nada tenía para vivir más que tus dádivas, no me avergonzaba de ello; ahora me envilecería y te sería insostenible. Déjame partir; tu obstinación en tenerme á tu lado y hacerme morir entre suplicios, es una locura y una crueldad.

—Es verdad—dijo Leoni, con aire sombrío;—querer impedirte sería una infamia.

Y esto diciendo, salió desesperado. Yo me hincé de rodillas sollozando, pedí resolución al cielo, invoqué el recuerdo de mi madre, y me levanté en fin para hacer de nuevo los cortos preparativos de mi viaje.

Luego que cerré los baúles, pedí caballos de posta para aquella misma tarde, y entre tanto, me eché en la cama; estaba tan rendida de cansancio y tan ulcerada por la desesperación, que sentí al dormirme algo parecido á la paz del sepulcro.

Al cabo de una hora me despertaron las ardientes caricias de Leoni.

—En vano quieres partir—me dijo;—no puedo, no puedo consentir en ello. He despedido tus caballos, he hecho subir tus baúles; acabo de pasearme solo por el campo, y he hecho todo lo posible para decidirme á perderte; he resuelto no decirte adiós; he ido á casa de la princesa, he querido figurarme que la amaba... ¡No! ¡la aborrezco y te amo! No te irás.

Aquellas continuas sensaciones violentas me debilitaban así el alma como el cuerpo. Ya empezaba yo á no tener la facultad de raciocinar; el mal, el bien, la estimación y el desprecio iban siendo para mí sonidos vagos, palabras que ya no quería comprender y que me mareaban como una infinidad de números que me hubieran obligado á sumar. No sólo tenía ya Leoni sobre mí un influjo moral sino una fuerza magnética á la que yo no podía sustraerme. Su mirada, su voz, sus lágrimas herían mis nervios tanto como mi corazón; ya no era yo más que una máquina que manejaba él á su antojo.

Le perdoné, me abandoné á sus caricias, le prometí cuánto quiso. Me dijo que la princesa Zagarolo, que era viuda, había pensado en darle su mano; que la pasajera y frívola afición que le había manifestado, le había hecho creer en su amor, que se había comprometido locamente por él, y que se veía precisado á andarse con mucho tiento para romper con ella poco á poco, so pena de tener que habérselas con toda la familia.

—Si no se tratase más que de batirme con todos sus hermanos, sus primos y sus tíos — me dijo — me importaría un bledo; pero procederán conmigo cual grandes señores, me delatarán como carbonero (1), y me harán sepultar en un calabozo donde tendré que esperar diez años que se digne la justicia examinar mi causa.

Yo escuché todas aquellas tramoyas con la credulidad de un niño. Leoni no se había ocupado nunca en asuntos de

(1) Individuo de una moderna asociación política en Italia, á manera de nuestros comneros, francmasones, etc.—(N. del T.)

política, pero aún me complacía yo en persuadirme de que todo lo que había de problemático en su existencia, provenía de alguna grande empresa de esta naturaleza. Consentí en pasar en la posada por hermana suya, en salir poco á la calle y nunca con él; en fin, en dejarle absolutamente libre de separarse de mí á cualquier hora por ir á ver á la princesa Zagarolo.



XV

QUELLA vida era horrible, pero la soporté. Nunca había yo conocido hasta entonces los tormentos de los celos, pero entonces los apuré todos y evité á Leoni el disgusto de desvanecerlos, porque á decir verdad ni aun me quedaban fuerzas para manifestarlos.

Resolví dejarme morir en silencio, y me sentía bastante enferma para esperarlo. Más me devoraba aún el fastidio en Milán que en Venecia, porque allí sufría más y tenía menos distracciones. Leoni vivía públicamente con la princesa Zagarolo; pasaba todas las noches con ella en el teatro en su palco, ó en los bailes, de donde se escapaba un momento para venir á verme; luego se iba á cenar con ella, y no volvía á la posada hasta las seis de la mañana, hora en que se acostaba rendido de cansancio y casi siempre con malísimo humor.

Á las doce se levantaba silencioso y distraído, é iba á pasearse en coche con su querida: muchas veces los veía yo pasar, y siempre tenía Leoni con ella aquellas delicadas atenciones, aquellas tiernas y venturosas miradas que tenía con-